

# L a n o c h e c a m p e s i n a

Bajo el corredor anegado de sombras, me espera el «Tafetán». Nervioso, con una inquietud casi humana, se revuelve de rato en rato, manoteando con fuerza sobre los ladrillos del piso que rompen sus cascos herrados. Tascas el freno y luego yergue su hermosa cabeza para mirar a través de la ventana, que extiende su choapino de luz sobre el suelo. Desde adentro yo miro con ternura a mi caballo. Tiene todas las buenas condiciones del animal monturero. Manso y atento al movimiento de las riendas, es al mismo tiempo fogoso y sufrido para soportar las largas excursiones por los caminos de esta tierra.

Con el cigarrillo en los labios y el talero en la mano, me asomo al corredor. El Tafetán con rápido movimiento se vuelve hacia mí y me escudriña, inmóvil, muy abiertos los grandes ojos entre los cuales cae graciosamente su mechón obscuro. Descuelgo las riendas y él, obediente al chasquido de mi lengua baja del corredor y me espera junto a éste para subir.

—Tafetán, Tafetán—le digo cariñosamente palmoreando la fina tabla de su cuello—tienes esta noche unas ansias locas de correr, de correr sin tinó, para calmar ese brioso entusiasmo que rebulle en tu cuerpo y cosquillea en tus firmes remos. Pero ten paciencia. Vámonos lentamente disfrutando de la infinita dulzura que hay en esta

noche estival. Oigamos un poco la voz de la noche, que entona una canción ensoñadora en el ala de esta brisa de temblorosa suavidad.

Mi caballo. Este bueno y noble amigo, me obedece. Regula su tranco apresurado y parece estar en completo acuerdo con mis deseos. Estornuda con fuerzas y estironea las riendas para calmarse un poco. De cuando en cuando echa la cabeza hacia atrás, aguzas las orejas y trata de dar un bote. Pero yo le calmo con mis palabras, entre cariñosas y burlonas:—Tafetán, ¿desde cuándo te han venido estos temores de potrillo mamon? El, convencido, recobra su gallarda manera de caminar, y pasa airosamente junto al tronco o la piedra motivo de su espanto.

¡Qué bello es caminar arrebujado en este poncho tibio y acariciador de esta noche de verano. De la tierra sube un aliento denso y perfumado. La brisa juguetona resbala sobre mi rostro y pone una dulce voluptuosidad en mi espíritu.

Vamos ascendiendo los suaves lomajes de Cardo Verde. El pasto miel, suave y espeso silencia ahora los trancos de mi caballo. Hay un aroma fuerte, a poleo, a yerba buena y menta, a pastos olorosos cuyo perfume se ofrece por entero a la noche, como una doncella que ya ha olvidado el dolor de la primera entrega a las caricias del ama-

do. De súbito la obscuridad se desgarra. Sobre el alto cerro de Bureo la luna empina su disco pálido, para derramar su chorro de blancura sobre el campo. Mas arriba de las altas copas de unos robles, el cielo se recorta intensamente azul. La luz ha resbalado por los flancos del cerro; y presenta el paisaje en una difusa claridad de ensoñación.

Entonces mi caballo y yo nos detenemos sobrecogidos por la belleza del panorama hasta ese momento inédito. Algunos ranchos se acurrucan junto al camino, bajo unos árboles. Perros trasnochadores y bravucones disparan sus ladridos a invisibles enemigos. Junto a mí, alienta la noche. Una confusión de ruidos leves, de gritos lejanos, rumores inexpresables. Viñedos, tierras labradas, trigales que se rizan con el viento, alamedas que van hasta el horizonte lejano. Todo tiene su voz honda, su llamado intenso que golpea entre los más escondidos vericuetos de la sensibilidad. Experimento la sensación de que me llaman, también de la casita perdida en la brumosa lejanía que sólo mis pensamientos ven. Esa voz me trae el arrullo de una palabra de amor, la fragancia de la carne joven, tibia y exaltada de anhelos. El temblor dulce y enervador del deseo que arde en un cuerpo de mujer, escondido como una lámpara de misterio.

Y ante ese recuerdo me acomete también un loco deseo de correr,

de devorar este camino, serpiente erizada de estacas y alambrados; hacia allá donde me espera un instante de amor.

«Tafetán», atento y ágil brinca al requerimiento de las espuelas que tocan apenas sus flancos. Nos lanzamos a través del camino en un galope impetuoso, en una carrera que tiene una loca alegría. La brisa nos acaricia ahora con más fuerza tal si quisiera introducirse en los ojos para imprimirnos su ingravidez. Llegamos hasta la hondonada del Relbún, y pronto el rumor característico del río, nos acoge con su hálito fresco. Es el Perquilauquén que se curva en la «Vuelta de Huambalí». Sábana de terciopelo azul, se desliza suavemente, entre sauces y pataguas. «Tafetán» resopla inquieto. Un relincho quedo le estremece los hijares. Seguimos por la orilla arenosa, entre ramas quebradas y troncos muertos carcomidos de humedad. Vamos buscando el vado. Mi caballo lo conoce bien y no se lanzará a los profundos raudales, aún cuando yo lo requiera y lo castigue. Marchamos ahora penosamente, saltando piedras y sorteando hoyos que han socavado los aluviones invernales.

Cuando llegamos al paso, hunde hasta los ojos su hocico en el agua como si quisiera cerciorarse de la profundidad que allí existe. Después sacude su hermosa cabeza y la restrega entre sus remos delanteros. Luego, lentamente, nos internamos río adentro. Cauteloso

deja caer sus cascacos que se estrellan entre las piedras resbaladizas; en partes el agua lo cubre hasta los pechos: casi tendidos sobre la silla, vemos como este noble amigo pone el mayor cuidado para no dar un tranco en falso, ni torcerse de la ruta verdadera, exponiéndonos a hundirnos en un bajo peligro donde se acumulan pedazos de troncos. Pero no hay cuidado, vamos bien, y muy pronto alcanzamos la ribera opuesta. Allí nos detenemos y «Tafetán» se sacude tan enérgicamente que parece se va a desarmar entero.

Hemos llegado al llano de Villa Seca. ¡Qué nombre más estúpidamente contradictorio! En este campo nada hay seco ni desierto. Por el contrario todo es fresco, aromado de espinos en flor. Estos arbolitos rechonchos, deformes, erizados de púas agresivas exhalan una fragancia que hace soñar. ¡Oh, la imponderable poesía que tiene este perfume de los espinos en esta noche enlunada y musical! El pasto ovillo se destrenza entre las patas de mi caballo. Hay árboles que hacen evocar la navidad, enjovados de luciérnagas que, errabundas van y vienen lentamente, suspendidas entre las ramas.

De un corral cercano llega en el viento, el tintineo cristalino de una esquila. Algunos bueyes ruman su modorra entre los árboles. Lejos un zorro pone su nota desentonada, su ¡huac-huac! bur-

lón, que repercute como un latigazo en la silente inmovilidad del paisaje. Quisiéramos tendernos de espalda para saborear esta infinita dulcedumbre, dormirnos sintiendo la blanda caricia del viento que se lleva el susurrar de la noche.

Pero ya estamos al final de nuestro camino. Una casita abre frente a nosotros el ángulo de sus corredores, como un abrazo de bienvenida. Pero no vamos derechamente hacia ella. Entre el monte próximo amarro mi caballo, que un poco fatigado se queda inmóvil, como si se disgustara de esta complicidad que le impongo. Mi largo silbido perfora prolongadamente el silencio. Luego siguen otros porfiadamente, disimulados, imitando el grito de un pájaro, hasta que una ventana se abre sigilosamente. Una figura femenina recibe el beso de la luna....

Un momento de dulce inquietud, de ansiosa espera, de nervioso anhelar... Unos brazos tibios lo calman, anudándose a nuestro cuello.... Y en el misterio de la noche, la dulce palabra de amor se queda sin pronunciar, pues un ansia golosa nos hace beber apresuradamente la miel de una boca fresca, jugosa como una cereza, que se revienta tibia en la media luz del crepúsculo.

¡Oh, qué bello es cobijarnos entre el pasto sedoso, y bajo el poncho de suavidad de esta noche campesina!

L U I S D U R A N D